Antonio Machado, el antihidalgo

José A. Benito Lobo

Pocas veces una teoría poética ha surgido de forma tan consciente y tan nítida. Por su esencia misma, la poesía tiende más a ser expresión momentánea de una tensión emotiva que cristalización precisa de una reflexión honda y serena sobre el espíritu del hombre y el tiempo. Enmarcada por dos corrientes de poesía esteticista —Modernismo y generación del 27—, la obra de Antonio Machado nace y crece deliberadamente como una búsqueda del alma española, en un proceso que implica una doble polarización: de lo «accidental histórico» a lo «esencial eterno».

Hay una frase fundamental en su teoría poética: La poesía es «palabra en el tiempo»; es decir, conciencia histórica, inserción en una realidad concreta. Porque el tiempo no es concebido tanto como abstracción filosófica, que como historia, sucesión de hechos, de conductas objeto de su meditación. Es eje que articula el «pasado efímero» y el «mañana efímero», los dos fantasmas que retardan el «nuevo florecer de España».

Pero esta concepción de la poesía como «palabra en el tiempo» no es un punto de partida, sino un logro del poeta maduro. Ello explica que sea en **Campos de Castilla,** más que en cualquier otro libro anterior, donde Machado se entregue a la tarea de desvelar el sistema de actos y creencias que alienta el vivir del hombre ibero. Hombre y paisaje, unidos indisolublemente, reflejo éste de la paramera espiritual de aquél.

Esta búsqueda del hombre implica en Machado una indagación sobre el «pasado de la raza». Y es que la vida espiritual también tiene una historia: «El vacuo ayer dará un mañana huero». Sin duda este hombre «de espíritu burlón y de alma quieta» es una pervivencia del pasado, una consecuencia de la actitud del hidalgo ante la vida.

Por razones obvias, el hidalgo ha sido un personaje especialmente tratado en nuestra literatura. Su proliferación en la España del Siglo de Oro, sociedad de castas e Inquisición, motiva su aparición en la novela de la época. «Puro gesto espectral» —como le llama Américo Castro—, fachada ambulante, camina, sobreviviendo a ironías y ternuras, por las páginas del **Lazarillo,** del **Quijote,** de **Misericordia.** Inmutable ante la adversidad, mantiene un gesto inalterable, única forma de permanecer íntegro en la opinión de los demás: «No adviertes, angustiado de ti, y malaventurado de mí —dice D. Quijote a Sancho—, que si ven que tú eres un grosero villano, o un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos o algún caballero de mohatra?»

Esta motivación externa de la conducta lleva al hidalgo a un doble anquilosamiento: incapaz de entregarse a una actividad espiritual o científica productiva, desdeña el trabajo físico por considerarlo indigno. A tal punto habían llegado las cosas que fue Carlos III quien, en pleno siglo XVIII, se vio obligado a dictar una pragmática, realzando la dignidad del trabajo.

Es en esta realidad donde incide parte de la poesía de Antonio Machado. Educado en la Institución Libre de Enseñanza, hereda de ella una preocupación revisionista, que los compañeros de generación y el incierto destino de España no hacen más que potenciar. No es casual que en el «Elogio» que dedica a don Francisco Giner de los Ríos, con motivo de su muerte, le llame «hermano... / del sol de los talleres». Sólo así llega Machado a percibir con tanta claridad cómo, entre las fisuras de este pasado y este mañana «efímeros», surge, como única esperanza de regeneración, la otra España, «la España del cincel y de la maza... / ... la España de la rabia y de la idea».

Pero no es su poesía el único modo con que Machado combate el «hidalguismo»; él mismo, como figura, con ese desaliño natural, tan característico, ajeno a toda afectación, es el prototipo perfecto de antihidalgo.

Sumergirse en la poesía de Antonio Machado supone conectar de alguna manera con lo mejor y lo peor de la colectividad en que estamos inmersos. Vivimos aún dentro de ese mañana que, quizá con excesiva esperanza, calificó de efímero. Sin duda estas formas de vida, estos gestos, estas actitudes perviven aún entre nosotros, son fácilmente detectables en nuestras vidas. Y no es otra la causa de que la poesía de Antonio Machado permanezca viva y fértil, de que conserve aún toda su fuerza purificadora. Indudable fuerza, que le nace, más allá de los logros expresivos, de su temporalidad consciente. Ahí está, para ratificarlo, el lema de Mairena: «A la ética por la estética».

Una de las últimas fotografías de Antonio Machado (1939)